

SERMON

DE SANTA ANA.

(POR SÁNCHEZ SOBRINO.)

Dominus... humiliat, et subleuat.

El Señor humilla y ensalza.

L. de los Reyes, c. 2. v. 7.

Así se explica en su cántico de acción de gracias la madre de Samuel, este famoso profeta del pueblo de Israel. Dios que la había probado por medio de una larga esterilidad, se dignó al fin consolarla por una fecundidad gloriosa. Sumisa siempre al Señor, le presentó sus votos y oraciones en medio de su humillación, sin quejarse jamás de su divina providencia. Así logró ser oída, y que el gozo sucediese á sus humillaciones; es decir, que al oprobio de su esterilidad se substituyera un precioso fruto de fecundidad, que vino á ser la gloria y las delicias de su madre: *Dominus... humiliat, et subleuat.*

¿Con cuánta más razón me será lícito poner estas palabras en los labios de la ilustre heroína, que hoy celebra la Iglesia? ¿Quién más humillada, y quién más ensalzada que santa Ana entre las matronas de Israel? La corona de sus padres trasladada á las sienes del extranjero Heródes, y el oprobio de su esterilidad, ¿qué humillación, qué abatimiento! La predilección que Dios hizo de ella para madre de la Madre misma del Omnipotente, y la divina alianza que por este medio contrajo con el Verbo encarnado, ¿qué rasgos de excelencia y de gloria! Insensiblemente he descubierto la materia de este elogio, que para más claridad divido en dos reflexiones. En la primera os mostraré, que el mérito de santa Ana consistió en su sumisión á los designios de Dios; y en la segunda os haré ver, que su

gloriosa exaltación dimanó de haber cooperado á las altísimas miras de la misericordia del Señor: dos verdades dignas de esta cátedra, de mi sublime heroína y de vuestra atención. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesión de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave María.*

Hombres afligidos! miserables hijos de Adán pecador! En vano buscáis verdadero consuelo entre los diferentes objetos que os rodean. La Religión únicamente, dice un sabio, es capaz de consolar á un cristiano en medio de sus desgracias. ¡Mortales débiles, infatuados con lo terreno! vosotros esperaréis que las criaturas calmen vuestros infortunios, satisfagan vuestros deseos y reparen vuestras quiebras. Mas por vuestra confesión misma solo experimentaréis de ordinario consoladores importunos, amigos inútiles y testigos indolentes de vuestras penas y humillaciones. Pero vos, Religión santa, nos enseñáis á conocer en los sucesos adversos la mano de un Dios que nos prueba ó castiga con misericordia: adorad, os ruego, sus impenetrables designios. ¿Ignoráis por ventura que sabe sacar gloria del seno mismo de la ignominia y del oprobio? ¿No condujo al antiguo y casto Josef de entre los horrores de su prisión á la mayor grandeza de Egipto, elevándole como á padre del rey? Ah! la mano misericordiosa que probó al justo Job, á Mardoqueo y á Tobías con tanto rigor, en todo tiempo ha afligido á las más grandes almas hasta el fondo de su corazón. Pero si recorremos los fastos de la Iglesia, hallaremos que en recompensa de su sumisión las ha colmado el Señor de los mayores consuelos.

Hé aquí la conducta observada por Dios con respecto á santa Ana. Caída del trono en la oscuridad, de la opulencia al seno de la miseria, oprimida de la ignominia con que su nación miraba la esterilidad, ¿qué poderosos motivos de humillación! Un corazón sensible, conducido por ideas mundanas, hubiera podido lamentarse, diciendo: ¿son estas, Señor, las promesas magníficas, hechas por los profetas á mis padres? ¿Qué se ha hecho del trono de David, cuya sangre cuele por mis venas? ¿Dónde está la gloria de sus descendientes? ¿Dónde la fecundidad que debía dar á luz al deseado de las gentes y de los collados eternos?

Así os quejariais vosotros, hombres mundanos, porque no queréis reconocer en Dios recursos superiores á los de la humana política, ni adorar sus impenetrables designios. Infatuados con las falsas ideas de felicidades terrenas, quisierais pensar al Señor como vosotros; y sin esperar el desenlace de las grandes escenas que nos presenta de ordinario su adorable providencia, y que justifica su infinita sabiduría, osáis murmurar, blasfemando lo que ignoráis. En el trastorno de vuestra fortuna, y humillacion de vuestras desgracias, no dudáis confesar que todo en el mundo es caduco. En esta hipótesis, ¿porqué no os adherís á vuestro Dios? Él prueba á sus siervos, mas no los abandona; ántes de ordinario la gloria sigue de cerca á su conformidad: y hé aquí en lo que consistió la virtud eminente de santa Ana. ¡Qué rasgos de sumision no nos presenta en su abatimiento!

Heródes idumeo usurpa el trono de sus padres, y reina con orgullo, miéntras Ana pasaba sus dias en la oscuridad y en el menosprecio de su nacion, por razon de su esterilidad. ¡Qué pruebas tan duras á los ojos del mundo! Pero “esta hija de Abrahán (como reflexiona un célebre orador) sumisa, á imitacion de aquel patriarca, á la voluntad de Dios, llegó al heroísmo de la virtud. Sumision generosa que sacrificó al Señor toda la grandeza que de la tierra podia esperar; sumision continua que la estimulaba á bendecir diariamente á su Dios; sumision heroica que la hacia esperar todo de su Criador, á pesar de su larga esterilidad. Cualquiera de estas adversidades bastaria para hacer titubear la constancia de los decantados héroes del siglo. Mas todas ellas juntas no fueron capaces de turbar la paz interior de Ana, ni su conformidad con la divina voluntad.” En medio de todas estas humillaciones me parece la oigo decir: Señor! en mis abatimientos adoro vuestros designios; vuestra sábia providencia es la que me prueba; para mí bien me humillas, á fin de que aprenda tus justificaciones; vuestra mano benéfica y omnipotente que probó á Job, y tanto á mi padre Abrahán, es la que me ha tocado y reducido á este conflicto; cúmplase en mí tu beneplácito. Por medio de esta sumision á la divina voluntad, las desgracias é infortunios que trastornan de ordinario el heroísmo de los grandes y políticos del siglo, hicieron brillar el de santa Ana. Como solo Dios ocupaba su corazon, las humillaciones no eran capaces de turbarla.

No así vosotros, cortesanos y validos de los príncipes, que aparecéis tristes y abatidos en vuestras caídas, porque el Señor no habita en vuestro espíritu, ni conocéis mas autor de vuestras desgracias que el que ocupa vuestro lugar ó dignidad.

¡O cuánto seria de desear formaseis idea justa de un Dios, infinitamente sabio en la dispensacion de los honores y dignidades terrenas! ; de un Dios omnipotente y soberano, árbitro de los tronos! ; de un Dios clemente, cuya adorable paciencia tolera á veces largo tiempo los pecados de los reyes y de los pueblos! ; de un Dios misericordioso, que cuando nos priva ó despoja de las dignidades terrenas, es para hacernos pensar en la gloria inmortal que nos tiene prometida! Entónces conoceriais la voluntad del Señor en vuestras humillaciones; entónces os someteriais á ellas como santa Ana; entónces os sacrificariais gustosamente, como ella, á los designios de Dios. Reconoced pues de buena fe, que un alma generosa, adherida al Señor, solo teme perderle.

Así por mas abatida que consideréis á esta hija de Abrahán, de Isaac y de Jacob, ella sacrifica de buena voluntad á su Dios todas las grandezas del mundo, observa con tranquilidad de espíritu á Heródes sobre el trono de sus padres, mas contenta de poseer á su Dios en la oscuridad de una vida privada, que si gozase la corona mas brillante. A imitacion de los venerables ancianos que san Juan vió arrojando sus coronas á los piés del Cordero (1), hizo Ana á su Dios un sacrificio voluntario de todos los gloriosos títulos que podian corresponder á su real sangre. Al ver exaltado al tirano Heródes sobre el trono de sus mayores, jamas osó clamar al Señor con el paciente Job, ¿por qué, ó mi Dios, viven los impíos en tranquilidad, cubiertos de honores y de gloria (2)? Por el contrario, solo levantaba su voz para decir con su padre David (3): Vos, Señor, sois el Dios de mi herencia eterna: vuestra mano poderosa es la que me humilla: yo la venero, yo la adoro, y no solo me conformo con la privacion de mis honores, sino con el oprobio de mi esterilidad.

« En la antigua ley era, señores, muy gloriosa la fecundidad; y una posteridad numerosa (dice un sabio) era á veces mirada como recompensa de grandes virtudes. Al patriarca

(1) Apoc. c. 4. v. 10. (2) Job. c. 21. v. 7. (3) Psalm. 15. v. 5.

Abrahan prometió Dios una magnífica recompensa sobre la tierra. Y si me preguntáis, cuál fué esta? os diré, que todos los misterios de su grandeza comenzaron por la milagrosa fecundidad de su esposa Sara, estéril ántes. Hé aquí el origen de su gloria. Por este medio vino á ser padre de una numerosa posteridad. Los patriarcas, los profetas, los pontífices, los reyes de Israél y de Judá fueron sus descendientes. La fecundidad, dice David (1), es la gloria de la casa del justo: tranquilo en el seno de su familia, derrama el Señor sobre él las mas dulces bendiciones; sus hijos, como ramos de oliva, rodean su mesa y la colman de alegría. »

De aquí la amargura y la tristeza de aquellas israelitas desgraciadas, á quienes humillaba la esterilidad. ¡ Con qué afliccion no clamaban al Señor, quitase el oprobio de su familia, concediéndoles una feliz fecundidad! No penséis, señores, que fué solamente la madre de Samuel la que regó con lágrimas el pavimento del templo de Jerusalem, ofreciendo á Dios el incienso de su corazon por ser fecunda. Acordáos del suceso de la hija de Jefté, y la veréis errante por los montes, bañando con lágrimas las tierras incultas, porque iba á ser sacrificada en el estado de su virginidad. Tal era á la sazón el dictámen de su nacion.

Pero ¡ó mi Dios, qué investigables son las sendas de tu providencia con tus siervos! Las mismas humillaciones con que visitáis á veces á los pecadores, para atraerlos á penitencia, usasteis respecto de santa Ana, para probar su conformidad y ensalzar su mérito. La ignominia de una larga esterilidad hicisteis le sirviese de estímulo y escala para su perfecta sumision á vuestros adorables designios. No hay pues que extrañar que los Padres de los primeros siglos hayan celebrado con elogios tan sublimes á la dichosa madre de la vírgen María. Por ellos sabemos su nombre y sus virtudes; y ellos mismos nos hacen presente su perfecta conformidad á la voluntad de Dios en sus mayores abatimientos.

Léjos, señores, de Ana las repetidas quejas é impaciencias que de ordinario manifestáis en vuestras desgracias. ¿ Qué hacéis en vuestros infortunios? ¿ No acusáis la malicia de los pró-

(1) *Psalm. III. v. 2.*

jimos en vez de adorar los designios de Dios? Este se fatiga, regularmente en vano, por levantarse de su caída; aquel nada hace para descubrir sus ventajas; este pone todo su estudio y conato en llorar y lamentar su suerte; aquel vive inconsolable en su infortunio porque no quiere lo que Dios; ¿ y quiénes son entre estos los que lloran la pérdida de su gracia? ¿ no blasfeman ó se abaten al punto que se trastorna su fortuna? Formád, señores, os ruego, una idea justa de la divina Providencia: honrad á Dios como es debido; esperád con sumision el desenlace de las tribulaciones que os rodean; reconocéd de buena fe que todo ello, en las miras del Señor, va dirigido á vuestro bien, ni perdáis jamas de vista el modelo que santa Ana os presenta; la cual, por medio de una perfecta conformidad que une la criatura á su Criador, logró ser elevada al mas alto grado de excelencia, como fiel cooperadora á los designios de la misericordia del Señor en orden á la redencion del hombre. Segunda parte de su elogio, que paso á manifestaros con la posible brevedad. Renovád vuestra atencion.

Las aflicciones del justo, igualmente que la felicidad mundana, tienen su término, dice un contemplativo. Pero es muy digna de notar la diferencia que se encuentra entre una y otra mutacion. Si consultamos las Escrituras, vemos salir la gloria del seno de las humillaciones; pero si examinamos el orden de las cosas mundanas, de ordinario hallaremos que la tribulacion y humillaciones han salido del seno de la gloria misma de la exaltacion. La sumision á Dios que ha conservado el justo durante sus pruebas, le ha hecho digno de consuelos eternos, al paso que la política que ha sostenido por algun tiempo al mundano en el goce de su elevacion y placeres, no ha sido capaz de impedir su desgracia ó su ruína. Los grandes de la tierra son poco poderosos para hacernos verdaderamente felices; son poco constantes para estimarnos siempre; y tan injustos á veces, que nos declaran culpables desde el momento en que dejamos de serles útiles. ¿ No hemos visto casi á un mismo tiempo erigir y trastornar trofeos en todos los Estados? La sabiduría, el valor, los talentos, no sostienen de ordinario al hombre grande en sus dignidades. Se juzga que el mérito, la estimacion, la gloria dependen de los sucesos ó circunstancias. Qué delirio! qué máxima tan opuesta á las de Dios! ¿ Queréis, dice el Señor, conseguir una gloria

permanente? Seguidme con sumision: *gloria magna est sequi Dominum* (1).

¡Qué prueba tan auténtica de esta verdad nos ofrece santa Ana! Ella en efecto aún en este mundo ¿no fué dotada con una excelencia de las mas gloriosas? A pesar de la usurpacion del trono de sus mayores por Heródes, es reconocida por heredera de la sangre real de David: á pesar del oprobio de esterilidad que sufrió por tantos años, concibió y dió á luz á la madre de Dios: á pesar de la infinita distancia que média entre la criatura y el Criador, vino á ser abuela del mismo Criador hecho hombre. ¡Qué alteza, qué honor, qué prerogativa, qué digna recompensa de su sumision á los designios de Dios! Paréceme oírle decir: vos, Señor, me habéis coronado de gloria, y me habéis elegido para la ejecucion de vuestra misericordia con el hombre: *Dominus sublevat*.

Mas no penséis, señores, que voy á hablaros de una grandeza adornada de exterioridades y brillantéz mundana. « Santa Ana (dice un célebre orador) no fué grande á los ojos de la sabiduría del siglo, sino á los de la Religion. Los espesos velos que ocultaban á esta dichosa criatura en su retiro, se corrieron; su esplendor se manifestó al cielo, y aparece colmada de las prerogativas mas gloriosas, por haber dado á luz á la incomparable Vírgen, de la real stirpe de David, anunciada por los profetas para madre del Salvador del mundo. Ella cuenta entre sus progenitores una larga y gloriosa serie de patriarcas, de pontífices, de reyes y de grandes capitanes. Es verdad que Heródes posee el trono que ha usurpado á sus mayores; pero ¿quién ignora que estas grandes revoluciones, que trasladaron á extraños sus derechos imprescriptibles, fueron manejados por la sabiduría del Señor, que los habia anunciado por sus profetas muchos siglos ántes? ¿Y pudieron ellos por ventura impedir, que á los ojos de la fe saliese Ana de sus oprobios y humillacion con una gloria superior á la de todos los mundanos? ¿No nos anuncia el Evangelio la grandeza de los ascendientes y padres de María santísima? Augusta genealogía! que escrita por la Verdad eterna, nos hace ver que la sangre de David corria por las venas de Ana y de María: *de domo et familia David*. »

(1) *Ecclí. c. 23. v. 38.*

Como los políticos y sabios segun la carne solo aman las grandezas terrenas, ni aspiran mas que á vanos títulos, podrá alguno preguntarme, ¿en qué estriba la gloria de santa Ana? Ah! vosotros no lo ignoráis, señores. Instruidos en las máximas y plan del Evangelio, conocéis bien que su gloria y excelencia consistió en haber sido elegida por Dios, no para reinar sobre la tierra, ni entrar en posesion del trono de sus mayores, sino para madre de una vírgen, prometida desde el principio del mundo para quebrantar la cabeza al Dragon infernal, para madre del Omnipotente, para reina del cielo y de la tierra; de una vírgen, la criatura mas feliz, que compone una sola jerarquía entre Dios y los ángeles, superior á los tronos, á las potestades, á las dominaciones, y solo inferior á Dios.

La gloria pues de Ana es haber sido elegida por predileccion, prevenida con bendiciones de dulzura y de suavidad, para que diese á luz á la vírgen y Madre de Dios, y esto con preferencia á tantas ilustres matronas, que fueron el honor y la gloria de la Sinagoga; hablo de las Juditas, las Esteres, las Déboras, de la madre de Samuel y la de los Macabeos, que por sus virtudes sublimes, por su zelo y sabiduría en el gobierno, por sus ilustres victorias, han sido celebradas en la sagrada historia de la Religion como gloria y alegría de Israel, y como honor de la nacion judaica.

Qué mas? Su gloria ha consistido en haberla elegido Dios con preferencia á Isabel su parienta, que reunia en su casa la grandeza del sacerdocio y del imperio, adornada al mismo tiempo de excelentes virtudes, y estéril como santa Ana. Es verdad que una y otra debieron su fecundidad á la misericordia del Señor, que oyó sus oraciones. Mas si santa Isabel tuvo el honor de dar á luz al Bautista, precursor del Hombre-Dios, santa Ana tuvo la ventaja de dar á luz á la Vírgen, Madre de este mismo Dios y salvador del mundo. Eleccion gloriosa, que nos pone á la vista la complacencia con que la miró el Señor, y la grandeza de su familia: *de domo et familia David*. « Genealogía ilustre! que nos refiere el Evangelista, dice un sabio, no para hacernos estimar únicamente las grandezas de la tierra, sino para anunciarnos el cumplimiento de los divinos oráculos. ¡Qué diferencia en efecto tan notable entre la genealogía de santa Ana que nos describió el Espíritu santo, y estas otras genealogías lisonjeras, que una habilidad mercenaria ha sabido entretrejer á ve-

ces, para nutrir la ambicion y vanidad de los hombres, ó para cubrir su oscuridad en los siglos anteriores! Mas ah! embriagados los mundanos con el lujo, el esplendor de las riquezas y de sus brillantes empleos, tienen por nada la gloria y grandeza de los santos en el órden de la Religion, porque ignoran el precio del honor y estimacion de los amigos de Dios; ni tienen idea de las dulces complacencias y gracias que reciben del Altísimo. »

Dios en efecto, en cumplimiento de sus profecías, manifiesta la grandeza de Ana, y sin ponerla en posesion de los gloriosos títulos de sus padres, la elige por predileccion para una milagrosa fecundidad, que debe dar al mundo la inefable gloria del Redentor de los hombres: *cum gloria suscepisti me.* ¡Qué rasgos de majestad y de grandeza no se presentan aquí á mi imaginacion en elogio de santa Ana! Mas enmudece aquí, elocuencia humana: tú no eres capaz de representar dignamente la maravillosa fecundidad de esta heroína de la Religion, la grandeza de la hija que concibe, ni los preciosos bienes que por su medio recibimos. Reservó el Señor á la elocuencia enérgica de los Damascenos, Bernardos y Leones la descripcion magnífica de la gloria de santa Ana, madre dichosísima de la vírgen María, y los adorables misterios que á favor nuestro resultaron de su fecundidad. De esta concluyeron la principal grandeza de Ana, con preferencia á la madre de Samuel, á la del Bautista y demás heroínas del pueblo de Israel, por el fruto de su vientre; porque el glorioso título de madre de María la hace digna de las alabanzas de la Iglesia y del culto y bendiciones de todos los mortales; porque por medio de esta feliz fecundidad contrajo una estrecha alianza con Jesucristo. Aún necesito un momento de vuestra atencion.

La alianza de Dios con el hombre es uno de los mayores misterios de su amor. La infinita distancia de la criatura al Criador no nos permitía concebir, pudiese Dios morar en el hombre, obra de sus manos, siendo un poco de barro y ceniza, hijo de ira y de miseria. Ni nuestra débil razon podia comprender permaneciese el hombre en su Dios, revestido de la propia gloria del supremo Ser, en un admirable compuesto de todas perfecciones. Pero la Fe nos ha enseñado que sacamos todas estas gloriosas ventajas del misterio inefable de la encarnacion. El Verbo eterno hecho hombre contrajo con nosotros una alianza

divina; se humilló para elevarnos, y revestido de nuestra naturaleza humana, nos hizo participantes de su naturaleza divina. Nosotros somos llamados, y somos en efecto hijos de Dios por adopcion; y como el Verbo se hizo verdaderamente Hombre, somos hermanos suyos y coherederos de su reino inmortal. ¡Dignidad inefable del cristiano, que debíamos siempre meditar, y que nos pone á la vista nuestra vocacion á la eterna felicidad!

Pero ademas de esta alianza de adopcion, de esta union del hombre con su Dios, que la caridad forma y sostiene, contrajo Jesucristo con los hombres una alianza segun la carne, por el misterio inefable de la encarnacion, porque nació, como dice san Pablo, de una mujer vírgen, que tuvo sus padres en la Judea. Por este medio la familia de María vino á ser la de Jesucristo, segun la carne. ¡Gloria singular de santa Ana, que la hizo entrar en alianza con su Salvador! pues siendo cierto que la carne de Jesucristo es la de María, como san Agustin se explica, igualmente lo es, que la carne y sangre de María es la de su madre santa Ana. De aquí se sigue necesariamente, que si María santísima es la verdadera madre de un Dios-Hombre, como la Fe nos enseña contra el hereje Nestorio, Ana es su verdadera abuela, porque concibió y dió á luz á la que el mismo Dios desde la eternidad habia elegido y preparado para madre de su Unigénito. ¡Qué alteza, qué dignidad, qué gloria, qué excelencia la de santa Ana sobre todas las matronas mas célebres de Israel!

Ya, señores, no me admiro de la devocion de los fieles, del zelo de la Iglesia católica y liberalidad de los príncipes, cuando se trata del culto de santa Ana. La gloria de la madre de María será siempre preciosa á los ojos de sus siervos, y su culto útil y de instruccion á sus devotos. En la privacion temporal de los títulos de su grandeza y en el oprobio de su esterilidad, nos pone á la vista su conformidad con la voluntad de Dios; nos enseña á humillarnos en nuestras desgracias, y nos instruye en una importante verdad; á saber, que nuestras quejas en la adversidad, ni los proyectos de la humana política son capaces de trastornar los designios del Señor. En la exaltacion de Ana y en la grandeza que recibió en recompensa de su profunda humillacion á la divina Providencia, nos pone á la vista el cumplimiento de aquel oráculo de nuestro Salvador: *el que se humi-*

llare, será exaltado, y el soberbio será abatido (1). Todo en fin nos convence que su humilde conformidad con la voluntad del Señor la hizo digna de su gloriosa exaltacion á ser madre de María, destinada para serlo de Dios.

Entremos pues, señores, en el espíritu de la Religion y de la moral que profesamos; suframos las adversidades con paciencia; adoremos la mano benéfica que nos corrige ó nos prueba; humillemos en fin nuestro corazon, cuando nos oprime el Señor sobre la tierra, para ser exaltados en la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

(1) *Matth. c. 23. v. 12.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN ANDRES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

At illi continuo relictis retibus secuti sunt eum.

Y ellos entónces, dejando luego las redes, le siguieron.

S. Mateo, c. 4. v. 20.

Al ver congregado en el templo del Señor un número considerable de fieles, con motivo de celebrar la festividad de uno de sus mejores escogidos, me ocurre creer que no habrá sido el ánimo de todos marchar de él como han venido, y solo por cumplir con una costumbre, ó con la curiosidad ú otros motivos mundanos, que son por desgracia bastante frecuentes en estos tiempos de indiferentismo religioso.

Mas yo espero que, no solo en los que han venido con un fin recto, sino en los que no lo hayan tenido, ha de producir saludable efecto la exposicion sencilla que voy á hacer de las virtudes que demostró el apóstol san Andres, y cuya fama ha llegado hasta nosotros, atravesando la oscuridad de los tiempos, y las conjuraciones que se han hecho para hacer caer en el olvido á los propagadores de la Religion santa, la doctrina divina, que comunicada por simples pescadores, ha llegado á ser el origen de un nuevo orden moral en el mundo.

He dicho la palabra apóstol, y como este epíteto tenga mas de un significado, os lo explicaré ántes de principiar mas interesantes materias, porque toda clase de instruccion es necesaria, y toda noticia religiosa es conveniente, cuando por motivos, que no son del caso presente, se hallan abandonados cierta clase de estudios de tanto interes como esas ciencias, que ex-